

## CRONICA

Sujetos otra vez a la disciplina de Colegio que regulá más horas y hecho aún al blando vivir de veinte días de vacaciones, acometo el trabajo de esta crónica que, en siendo la última, buen servicio prestará a mis duras faenas de fin de año.

Qué digan y señalen los párrafos de mi escrito bien me lo dictan las múltiples emociones que embellecieron singularmente los días anteriores a nuestros asuetos y mejor me lo inspiran las lujosas estampas cuidadosamente recogidas en la devota excursión que me condujo a la tierra nativa. Unas y otras, en su caudal infinito de cariños, préstanseme gentilmente a nobilísimos fines. Con las primeras halla repetición para el glorioso claustro del Rosario el férvido tributo de mi corazón y válenme las segundas de rendido homenaje al suelo materno que allenta y guarda mis mayores amores y estimula mi juventud a generosas empresas.

Crecida labor resultaría si tratase de desempacar todas las sugerencias de que está henchido mi ánimo y exponerlas en el reducido número de páginas que en esta Revista se me han confiado. Alcancen, pues, preferencia con las de actualidad más seductora en nuestra vida rosarista aquellas que mejor prestigien el relato por hacer de la clásica fiesta que me llamó a Buga.

Rebuscando en la imaginación una entrada aparente al campo de mis comentarios vínome con oportuna luz el recuerdo de exquisitos capítulos cuyas riquezas han colmado mis ocios en estos días postreros. Llámense ellos «El Libro de mi amigo».

De aquellas paginas despréndese liberalmente la originalidad; en ellas asoma su magnificencia la ironía; paséase por sus párrafos la gracia con soltura perfecta y la delicadeza fluye en manantial suavísimo; jue-

ga allí derroches de hermosura la nobleza y el mismo escepticismo sonríe afectuosamente.

No son «Los Monstruos» con su ternura inefable ni «El Ermitaño del Jardín de Aclimatación» en su comedido irrespeto, los trozos del libro mencionado que me pongan en contacto con el Rosario; tampoco hará tal prodigio, a pesar de su notable belleza, «Marcela, la de los ojos de oro», pues tan saludable efecto está reservado a «Las Humanidades», capítulo íntimo de donde salta Pedrín, el mozalbeta aturdido, que me sitúe en la casa del dominico.

¡Qué bien encaja en nuestro vivir de estudiantes la sugestiva personalidad de aquel muchacho, entremetido e inquieto, que, cartera a la espalda, cruzaba a diario el Jardín de Luxemburgo para llegar a la escuela! ¡Y cuán armoniosamente suenan a nuestros oídos de colegiales internos los párrafos que arrancárale a France el externado de su joven protagonista, externado, dócil siempre a una vida de curiosidad y de sensaciones, propicio con su amabilidad a colmar de cariños la existencia, pródigo en su holganza de correrías y esparcimientos!

Yo también, como el viejo francés, aclamo esa vida sin trabas que el externado proporciona, suspiro ansiosamente por ella, autónoma y eficaz, libre de campanas que nos recuerden deberes y de vigilancia constante que nos obligue al cumplimiento. Sentir de otro modo sería traición a mi partida de bautismo, odioso desafecto a mi rebeldía de joven.

Sin embargo, no reniego jamás del internado. Busquélo por mí mismo y en él nadie me retiene. Allí las horas se anuncian en cordialísimas notas y discurren los días tranquilos con una paz sólo turbada por el afán de independencia que sacude mis nervios cada ochenta minutos. Pero el dolor educa a los hombres y enaltece la vida, y si dolor es renunciar a la libertad ofrézcolo

en sacrificio de mi propia conveniencia, pues que, recluso, mis estudios prosperan y púlese mi carácter de asperezas y arcaísmos.

En comentar mis lecturas y arrancarles placenteras conclusiones héme demorado más de lo prudente, sin que palabra alguna venga cumpliendo el motivo ofrecido para esta crónica. Quizás ello me atraiga clementísimos vocablos que tachen de desorientado mi escrito y acusen mi ánimo de espectacular y fachendoso. Pero tiempo perdido será ese que ni mis glosas y citas pecan de presunción ni descaminado tráenme ellas de los predios de este trabajo.

Sirva, pues, aquel prolongado introito, en sus elogios al externado, de ambiente propicio a la satisfactoria vida de vacaciones en cuyos comienzos y disfrute entro a engolfarme.

Andaba en jueves la semana, y 19 de julio marcaba con su habitual frialdad el almanaque. Requeríase ser aquella hoja del calendario para recibir con indiferencia tan prometedor fecha.

¡19 de Julio! Mucho significaba ella para nosotros los rosaristas: Dándonos entrada a los asuetos nos realizaba una ilusión desde días acariciada; hablábanos, obsequiosa, un idioma de fiesta y de descanso; embargaba nuestro espíritu de delirio y ponía en nuestro corazón emociones intensas.

La alegría más franca habíase introducido aquella mañana por las dependencias del Colegio y un afán de viaje turbaba sin compasión el orden admirable que en estos claustros impera. Los dormitorios constituían el escenario más apetecido para el bullicio, quizás incitaba a ello el respeto inalterable que dichos salones reclaman si no fuera mejor estímulo el de las últimas exigencias de la partida. Y bien conocido se tiene que no puede haber silencio allí donde la muchachada oficia con su entusiasmo, como que el estrépito es música

obligada para que el joven desarrolle sus ardores. Así pues, a la premura de las ocupaciones de despedida mezclábanse cordialmente, en la madrugada de que nos ocupamos, generosos gritos de contento y un cantar alocado iba acompasando con su júbilo el crujir de correas y el apresurado movimiento de cuerdas. Quienes, impedidos para emprender todavía la marcha nos revolvíamos entre nuestras cobijas, enfermos de pesar y de envidia, quisimos por un momento abstenernos de aquél alboroto atribuyéndolo a reprehensible descortesía para mejor animar nuestra compostura a la sinceridad. Mas, ¿se podrá exigir a los mozos constancia en el aplomo cuando en su turno zumban furiosamente la rochela y la diversión?... A los quince minutos presidíamos la bullanga y en batas de baño ocupábamos feliz sitio en los corredores para presenciar los adioses. Entre la monotonía del gris que enluta la gracia de los arcos del claustro buen contraste ofrecía la multicolor concurrencia de nuestros vestidos. Como que ellos mismos, en su surtida combinación de tonos, prestábanse de incitadores a la alegría.

Envueltos en este júbilo, aunque tocados a trechos de aquel gris tedioso, viven en mi cabeza los recuerdos de esa mañana gratísima. Conmuéveme ellos en la familiaridad de su espíritu y pulen de escabrosidades con su cariño las horas molestas de mi internado; ellos agujian al compañerismo nuestra vida y acrecientan en méritos muchos nombres carísimos a la amistad. Y si del general regocijo establecióse un ambiente de fraternidad que hizo del de cada uno el goce de los rosaristas todos y si de ese comedimiento a que es dócil todo corazón en fiestas se forjó una camaradería estimuladora, ¿por qué no marcar con su emoción propia singulares detalles que me enriquecen de especiales memorias aquel 19 de Julio?... Así, llevo en el alma grabados con caracteres de hidalguía las solicitudes y apre-

mios de un estimable paisano que apersonóse mis ansias por salvar las dificultades que me impedían el viaje y luce a mis ojos, con brillo encantador, el desinterés absoluto con que unos a otros ayudábanse los estudiantes en los últimos aprestos de la salida; así, cántame generosidad el entusiasta rasguear de una guitarra con que algún costeño trataba de suavizar la pesadumbre de quienes habíamos de aplazar las sabrosuras de la tierra materna, y tradúcenme amplitud, háblanme de cordialidad las travesuras con que se pretendió turbar la incansable sonrisa de un compañero cuyo saco de viaje jugaba al escondido en manos de todos los rosaristas.

Cuando contemplo la vida de este Colegio, de tal modo franca y cordial, duéleme en lo íntimo que tal espíritu no sea constante en todos nosotros, que dejen eclipsar algunos, en ocasiones frecuentes, las bellezas del compañerismo, que una falsa emulación invada tantos corazones y se extinga en muchas horas el ambiente de familia a que el internado invita, y es ello más lamentable al recordar que el Rosario está cimentado en grandezas, que su escudo se repuja de excelencias clarísimas y súrtese su historia de caballerosidad y desprendimiento. ¡Cuán irónico sería entonces el que sacase yo a luz en este escrito suspicacias de mal gusto y consejos tocadas de insensatez con que quiere castigarse en veces entre los alumnos mismos el leal comportamiento de ciertos rosaristas.

Pero dejemos a un lado críticas y reclamos que a buen seguro me acarrearán excesivos apóstrofes; olvidemos defectos e inculpaciones y espaciemos sin límites la vista para seguir en la lejanía las caravanas fervorosas de nuestros condiscípulos viajeros. Allá van ellos cabalgando en su entusiasmo con la frescura que la juventud dispensa; se alejan arrullando ilusiones con idéntico embeleso al de una madre sobre el infante querido; marchan prodigando ocurrencias y multiplicando decires

y no faltan a su mano el licor que acreciente la felicidad ni a su alcance unos ojos de mujer que apacigüen con sus encantos la aridez del paisaje.

Mientras aquellos avanzaban en busca de solaz y calor, nosotros, los retardados, domesticábamos nuestra inconformidad bajo este cielo bogotano demasiado plomizo para ser el de nuestras vacaciones.

Mas no podía tardar a nuestra contrariedad un resarcimiento satisfactorio, que no otra cosa fue la acogida amabilísima tributada por afectuosos parientes a cuyo lado corren siempre honrosamente mis asuetos. En medio al dulce calor de ese hogar el Mayor ejercíame atracción poderosa: cantábame sus horas, me ponderaba sus costumbres, poníame en función todos sus personajes. Al tiempo de los recreos ¡cuántas veces mis instintos de amigo llevábanme a buscar los compañeros preferidos en cuya compañía se me han fugado apaciblemente largas jornadas de pesadumbre y encierro! Extrañaba entonces mi alma, cortejada por delicadezas infinitas, las efusiones deliciosas que deparan las verdaderas amistades de un Colegio y suspiraba mi corazón, a pesar del ambiente de confianza que lo embargaba, por esa intimidad acendrada que ha hecho mis confidentes cariñosos de los contados amigos con quienes he cruzado indulgencias y solicitudes resplandecientes de fraternidad, con quienes átanme lazos perdurables como tejidos que son por el desinterés y apretados por un nobilísimo afecto. ¡Bien saben ellos, mis amigos, estas verdades para que haya yo menester de mayor repetición!

Pero las indemnizaciones continuaban. Dígalo si no esa rubia mañana de fines de julio en que, acodado sobre la ventanilla de un tren, dialogaba yo cordialmente con el arisco paisaje, mientras al lado mi compañero se perdía en las noticias con que algún diario capitalino le propinaba. Ibamos hacia la amada ciudad, hacia la

tierra madre que inunda el corazón de ternuras y cautiva el espíritu con sus virtudes. Ibamos hacia la villa gentil que prendió en mi pecho el amor de sublimes ideales; hacia el templo de mis máximos afectos, hacia el sagrario de mis más intensas esperanzas, al relicario de recuerdos que confortan la vida y ungen el ánimo con inefables suavidades.

Y al hablar de Buga yo me exalto; todo en ella me emociona fuertemente; callar su nombre y olvidar sus bellezas cuando escribo háceseme delito de incalificable purgatorio. Por eso, lectores, aquí me tenéis rememorando sus panoramas espléndidos como el Valle que los despliega; delineando sus colinas mansas como la ciudad que fortifican; evocando su cielo de soberana hermosura, anhelando su clima de ardorosas sugerencias.

No debía de gozar entonces de mi pueblo en la calma y el silencio que lo caracterizan; no había de descansar en la placidez de su somnolencia como tampoco podría recrearme en su llaneza. Por aquellos días Buga estaba de fiestas, la escultura que con adoración rendida venera ha largos siglos la Ciudad Señora, el Cristo que milagrosamente vino a las manos de una devota indígena de andar tenía su marcha de triunfo por las calles que cada siete años recorre. Y la solemnidad revolucionaba la población, arrancábale su paz y trocábala en urbe cosmopolita a donde, en mística peregrinación, aflúan gentes de las catorce provincias colombianas. Mas, anteponiendo la de la familia y sus atractivos, no otra fuerza llevábame a Buga que la de perderme en aquesas festividades, largamente anunciadas con especial boato. Si mi tierra cumpliría tales programas para prometérmelo estaban su soberbia distinción, su indomable buen gusto y la hospitalidad fastuosa de sus hijos. Y de que bien los realizara hablan alto los sesenta mil testigos que por tres días consecutivos pa-

searon la viveza de su piedad por los dominios del Guadalajara.

Quisiera demorarme en un amplio inventario de cuanto contribuyó a realzar aquellas fiestas. Valdríame la tarea de complacencia, para mí satisfactoria, a los deseos de un meritísimo sacerdote que en mi tierra se impone con el señorío de sus virtudes. Pero fáltame tiempo y carezco de espacio suficiente dónde estampar la inmensa profusión de mis sentires. Vengan con todo, algunas anotaciones que libren mi conciencia de ingraticitudes e incumplimientos y retornen mi espíritu a emociones intensas.

Para mi relato acude la fé de primera inspiración. Perfectamente se acomoda el turno con la categoría de la virtud. Constela ella las ceremonias de imperecedera claridad y aloja en marco de excelencias las cosas que hieren con sus puros reflejos.

Consecuencia de la fé fueron las solemnidades bugueñas. ¿A qué negarlo si todo el entusiasmo y la energía toda no otra mira llevaban que la honra y gloria de Jesús Milagroso?... Suelo de tradiciones, empapado en recio catolicismo, Buga se ufana a diario de su Cristo, vierte sobre él los mejores afectos y en esos brazos misericordiosos entrega confiadamente su sér. Y cómo no si así se lo enseñaron antepasados ilustres de cuyas arterias súrtese hoy su señorío, si así se lo infundió el culto por su pretérito y si así lo reclama su místico ambiente. ¿Qué, sino un símbolo vivo de catolicidad es la fábrica inmensa de ese templo que en su fiero poderío reasume y guarda las mejores preseas espirituales de la ciudad nobilísima?... Allí luce la liberalidad en el rojo subido de sus muros externos, allí florece la hidalguía en las volutas caprichosas de las pilastras y se ampara el amor bajo la vasta bóveda que la fé ha coloreado de un amarillo fuerte e indeleble. ¿Y si no es de fé en Dios qué otro sentido podría caberle a la acción mag-

nánima de aquella digna matrona que vertió sus riquezas en homenaje al Milagroso y trajo de lejanas regiones para cuidar del santuario una Comunidad religiosa en cuyos presbíteros exaltado queda el fervor apostólico y resplandece la abnegación en los rostros penitenciales de los coadjutores?

Pero pasemos adelante que las festividades están luciendo ya en su primer día. Aún son ellas recientes para que sus colores se hayan fundido en mis ojos; sus liturgias aroman hasta hoy mi memoria y túrbame todavía el ánimo el aspecto de mi castizo terruño deshecho de su ordinaria sobriedad para vestir con rumbo garbo las galas de sus horas pascuales. ¡Cómo sorprendía en las calles bugueñas, marchitas de sol, la sombra y frescura con que obsequiábanlas las improvisadas avenidas de palmas, allí clavadas esperando el paso del Redentor Crucificado! ¡y cuánto se oponía a su habitual soledad el impaciente ir y venir de las gentes, ávidas todas de presenciar hasta el más mínimo detalle que a las ceremonias religiosas se refiriese!

Omitiré comentarios sin importancia que prolongarían despiadadamente mi escrito y me dedicaré a trazar en rápidas líneas el cuadro espiritual que encerraba al Milagroso, pues que en él ajústanse con entonaciones vigorosas las notas salientes de la fiesta. Aún de tal cuadro arrancaré lo principal y, dejando sin comentario las dos primeras jornadas, me daré de lleno al día 1.º de agosto, compendio, supremacía y fin del solemne triduo.

Desde el amanecer desplegando estaba su hermosura aquella fecha. Fulgía el sol con mejor acopio de oro, resplandecía el cielo en un turquí más sereno y lucía mejor el santuario sobre su magnífica fachada el almagrado primor del ladrillo. Parecían coordinados el templo, el espacio y el rey astro para bordar con sus tonos un tricolor conjunto donde conjugado quedase el pabellón nacional.

Cándida en aquella colombianísima alborada se erigía la limpieza de las casas que manos delicadas habían condecorado por la noche con vistosos festones y artísticas canastillas de flores. ¿Qué escribir ahora sobre el lujo del templo, teatro de nuestros apuntes, que no sea frase perdida en medio a la esplendidez de su grandeza?... Todo en él concuerda acertadamente: dánse la mano en pujanza la arrogancia de las columnas y la altanera gallardía de las aras; comulgan en lumbre el hechizo de los vitrales y la casta profusión de los reflectores eléctricos y emula en nobleza la perfecta majestad del silencio y la armonía dolorosa del Cristo moribundo. A ese santuario magnífico quiero conducirlos, lectores, en obediencia a la voz de las campanas que gravemente iban llenando de tañidos el ambiente religioso de aquel día. Y no en vano aceptaréis mi invitación que al singular aparato de los oficios santos, al sonoro concierto de las voces del coro, al imponente espectáculo de una concurrencia exorbitante habréis de añadir para vuestro placer el conocimiento personal de Monseñor Juan Manuel González, que allá por la puerta mayor hace su entrada. Viene él precedido de fieles, por entre una corte de sacerdotes y mitrados, por en medio a una calle de honor que el respeto organiza y alfombran el cariño y la admiración. Su figura es serena y soberbia a un tiempo mismo, su semblante está lleno de dulzura, imprímele mansedumbre la sonrisa y contágliale los ojos de beatitud la enjoyada cruz de prelado. Dijérase al recordar la estampa del joven obispo de Manizales que una visión de eternidad ha incendiado nuestras pupilas. Pero paremos en nuestra fantasía que, al áureo reflejo de dalmáticas y casullas y al esplendor suntuoso de las esclavinas, las bandas de música han iniciado la ejecución del Himno Nacional. Es ese el paroxismo; firmes, los corazones han cesado de latir y del recinto han huído los prestigios terrenos.

Estamos ya en el propio sacrificio del Calvario. Antífonas y kiries emergen cadenciosos de los cornetines del órgano y es de expectativa la pausada lectura del Evangelio, tras del cual surgirá sobre la cátedra sagrada la personalidad de Monseñor González.... Ya le tenéis allí imponente en sus arreos episcopales, resplandeciente de suavidad, imperturbable ante el grueso auditorio que no aparta de él los ojos, ansioso de la sabiduría de su palabra. Rompe el prelado su discurso con un sentido canto a la ciudad de Buga, desgranando sus labios bendiciones a los numerosos peregrinos y en castigado lenguaje, florido y armonioso, va tejiendo las alabanzas del Creador, va desplegando su fervor íntimo hasta cansar la voz, hasta agotarla y reducirla a sus más ínfimas modulaciones. Era entonces el templo del Milagroso el refugio arquitectónico de una emoción gigante.

Dejando escoltado al santuario por un ejército de plegarias, permitidme, lectores, que me aleje de él y cobre alientos para emprender con vosotros, sosegadamente, el desfile de la colosal procesión.

De nuevo me hallo con vosotros ardiendo en el calor que consumía a Buga, calor oportuno de veras, como que era él un trasunto fiel de la atmósfera espiritual que invadía los corazones. Inefable sabor de recogimiento dulcificaba la hora y un júbilo contenido alternaba nítido con la piedad de las almas. ¡Qué cordiales relaciones establecía con tanto entusiasmo la animada visión de los edificios! Sobre los frentes flameaban ardorosamente los pabellones de la patria y de la Iglesia; colmábanse de colores y gracias las ventanas y desde los tejados alargaban sus pupilas las cámaras fotográficas, impacientes por captar las imágenes de la fiesta. Todo anunciaba el momento de la procesión y todo reclamaba especial cuidado.

Con las cuatro de la tarde el desfile se puso en movimiento. Rítmábalo admirablemente el solemne repicar

de las campanas y lo poblaban de heroicidad las notas marciales del Himno Nacional.

A la cabeza del cortejo estaba la mujer. Ella, aliento de nuestras esperanzas, encarnación de nuestros sueños y realidades, pacífica dominadora de nuestro corazón allí marchaba esparciendo por la senda del Crucificado, los pétalos inefables de sus gracias, inundando de delicadeza los inmensos horizontes de aquella fecha espléndida. Cuatro pabellones, cuatro grupos selectos de damas formaban el concurso y eran ellos, más que escuadras del batallón de la belleza, los cuatro elementos de un poema sinfónico en el que los tonos, los símbolos y las flores casaban perfectamente.

Seguíale la niñez en comparsas aisladas, dueña cada una de un color y de una alegoría. El candor abrazábase allí fraternalmente con la delicadeza y las frentes naufragaban en un mar de blancura sobre cuya inocencia era un pleonismo la pureza de los lirios.

Avanzaban luego los sacerdotes cargados de estola y sobrepelliz y por entre una fila de clérigos ilustres adelantaban las encarnadas sendas de los prelados. Al bruno sayal del franciscano oponíase cortesmente el negro hábito del modesto Redentorista y bien se hermanaban, en la solemnidad del momento, con la clásica fisonomía de Monseñor González, la soberbia situeta del obispo de Cali o la figura temblorosa y simpática de Monseñor Perlaza.

Atrás, en riquísima nave, cortejada por ángeles y marineros, venía la Virgen del Socorro. Entre su camarote de gasas refulgía de bondad el rostro de la Madonna y en sus ojos se adivinaba la intensa complacencia que se apodera del corazón de las madres ante los triunfos de sus hijos.

Sobre las espaldas curvadas de caballeros exquisitamente elegantes caminaban lentas las andas del Milagroso. El Cristo fulguraba de ternura trágica. Repre-

senta él en la imperfección de sus facciones todo el dolor de la agonía. Su cuerpo es un rosario de heridas y de sus amoratadas carnes surte el amor con elocuencia convincente. Ante esa imagen la misericordia divina domina la voluntad humana y arrodíllase el alma en movimiento de profunda piedad.

Cumplidas han sido largamente las promesas que hiciera yo al salir de mi tierra de llenar con los cuadros de la fiesta narrada la mayoría de los párrafos de mi último escrito para la Revista del Colegio. Es tiempo ya de finalizar esta labor, de retornar a su opulento camarín la efigie bendita, de dejar resonando en la confianza de los bugueños todas las ofertas episcopales que hagan próximamente del templo de Buga una cuarta Basílica colombiana y ocuparme otra vez, para anudar esta crónica, de las cosas del Mayor. Pondré, pues, tranquilidad en ciertos espíritus intolerantes que ya tendrán catalogado el mío entre los regionalistas del plantel y alcanzarán mis páginas, en sus finales, la venia estimulante de mis condiscípulos.

¿Qué ocurrencias de la vida rosarista reclamarán estas líneas?... Ellas irán resultando sin que sus dimensiones abusen de la paciencia de mis lectores.

Sea lo primero resucitar esos saludos lejanos con los que en una noche de agosto, turbia y plagada de nostalgias, nos topamos las caras los rosaristas a nuestro regreso de vacaciones. Se forma así un contraste maravilloso con el principio de esta crónica y, por no olvidar cosas muertas, déjase sin sacrificio el método de mi escrito.

Es la hora de la comida, de esa infalible comida del Rosario en la que, a diario, luce la blancura del arroz y ofrece el pan su comprimido de bondades. Entonces, sin consideración a las partituras incomprensibles de ópera que nos transmite un radio como apetecido apertivo, se desgranar las primeras narraciones de los

asuetos. Abre su cartera de notas cierto nativo de Sincelejo que por el Valle del Cauca ha permanecido y en la emoción de su recuento la sangre le tiñe con mayor crueldad el rostro, atropéllanse más torpemente sus palabras y adquiere su diminuto cuerpo proporciones inmensas. Sueltan dos hermanos inseparables, locamente enamorados del turismo, las impresiones numerosas de sus correrías y, al fluir de sus palabras, Nelva despliega su hidalguía y ennoblécese más y más Cúcuta, la gentil; no falta quien nos haga el elogio de la Sabana y sus estaciones de veraneo; cantan las bellezas del calor los deportistas que a Girardot bajaron en conquista de hurras y, como final de escena, labios que tienen para mí todo el silabeo de una amistad sin tibiezas hacen, en acento de tragedia aún no sofocada, una terrible descripción. Es un antioqueño, noble como el suelo que le vió nacer, quien esboza los pavores del naufragio que tocárale en desgracia cuando a Medellín se dirigía con los suyos. En su relato palpita la ternura del hijo que todavía cavila en las posibilidades de haber quedado huérfano y solloza la gratitud hacia quienes con él oficiaron de generosos.

Demos un salto adelante, abandonando sobre el camino corrido el esplín que acogotó nuestros nervios en esos primeros días de nuestra vuelta a los libros, y situémonos, en la tarde aquella de agosto, fecha patria de la hermana República del Ecuador, para revivir en espíritu el ambiente de grandeza que nuestra Aula Máxima respiraba en presencia de dos hombres que, al abrazarse, marcaban, una vez más, con signos de levantado patriotismo, las tradiciones de este Colegio Mayor. Sí, porque no otra cosa se me ocurre cuando rememoro, estrechados en simpatía cordial a nuestro Rector y al señor plenipotenciario ecuatoriano que la imagen de esta casa vinculada a todos los afectos de Colombia.

Alcancemos otro sol que bien puede ser el del 16 de Septiembre y llenemos de su luz los contornos del club «Gran Colombia». Allá se reunieron en cita de compañerismo decidido los alumnos todos del Rosario. En las caras apuntaba la emoción y la espera de las once de la mañana agitaba de impaciencia los corazones. Enfrentados dos equipos de basket-ball —el Rosario y el Medicina— iban a disputarse en reñida contienda la adquisición de un campeonato. Tras de cuarenta minutos de sostenida lucha el Medicina tenía por seguro el triunfo cuando una «canasta» de arte desconcertante dió al Rosario una victoria sin discusiones. Pero en Colombia estamos y era menester buscarle al más limpio éxito un debate cerrado. ¿Consecuencia?... Una nueva partida que decidiese la controversia. En ella el Rosario dió un alto ejemplo de desprendimiento que agostó lujosamente sus laureles anteriores. Mas cuando los ejércitos son aguerridos las derrotas no traen consigo sino victorias. Así se cumplió el domingo siete de Octubre y diez puntos de ventaja sobre el cuadro «Bartolino» están dando cuenta de la técnica y de la supremacía formidable de los jugadores del Rosario.

Y sin más dilaciones amanezcamos en el 28 de Septiembre. La alegría de su cielo, la suavidad de su atmósfera nuncios eran del júbilo y dulzura de un día que habrían de amparar con su belleza sin retoques las rocas de Suesca. Ya la descripción de ese paseo ha sido tema de ameno artículo para un periódico mosqueteril que en el Colegio ha visto la luz a impulsos de la cordialidad y del buen humor. Pero mal haría yo con rechazar su apunte porque nunca como en las ocasiones de salida al campo en comunidad hierven más y mejor las sensaciones familiares de un Colegio. Púlsase entonces una aquilatada afabilidad y el alma de los estudiantes departe y expande sus más profundos sentires. Creyérase en un renacimiento espiritual en el que la naturaleza y los hombres sellasen una amistad relajada.

Yo no sé qué efecto misterioso ejerce en mí algunas veces la majestad del paisaje. Sospecho que su misma grandeza enmudece mi entusiasmo habitual y sume mi conciencia en un sopor de abatimiento. Tal fenómeno debió de poseerme en la mañana luminosa del viaje a Suesca porque, mientras a mi alrededor retozaba el júbilo, pugnaba yo conmigo mismo por salvar mi alma de las amargas del desaliento que la oprímia. De nada me servía el parloteo y la vocinglería de mis compañeros, dejábanme mustio los gracejos de mis condiscípulos y ni siquiera la compañía de mis amigos atinaba a animarme. Todo hasta el licor mismo respetábame en mi decaimiento. Empezaba ya a temer un fatal desenlace cuando en mis oídos estalló el grito de llegada. ¿Quién dijo desde entonces languidez?... ¡A decapitarlo por insolente! A decir verdad fue tan crecido el frenesí de aquella nuestra excursión de fin de año que he creído oportuno, aun sin la licencia de mis lectores, traer a colación tan personalísimas ocurrencias para mayor ponderación de las del paseo.

No vayáis a figuraros, vosotros los que nunca os habéis aventurado por aquellos parajes, que las rocas de Suesca constituyan un sitio de recreo digno de reiteradas visitas. Sería menester para ello la locura sublime de un Fallon sin contar, como pormenor a propósito, con que en el Colegio Mayor se está levantando una legión fantástica de poetas, pero sí afirmo que, en un momento cualquiera, he de dirigir hacia allá mis pasos para reconstruir, uno a uno, aunque imaginariamente, los retazos de esa singular correría: Volver a contemplar la estrechez del río que, por su relativo caudal, salva en mucho de su fama de árido el nombre de Bogotá; tenderme sobre esas aguas y combatir con la fuerza del ejercicio el rigor de su frío; encaramarme, otra vez, por los escarpados peñascos, perorar desde «La tribuna del diablo» y dejar agarrado a la piedra un papel con nuestro nombre que hable a quienes no han

de leerlo de mi presencia y arrojo; tornar a las vegas del río donde se extendieron nuestros enseres de cocina y relamerme deliciosamente al sabor exquisito del pollo asado o al excitante gusto de la cerveza; agotar mis aficiones fotográficas, y ¿por qué no?... sacar una botella rebosada de mistela que aparezca por arte de encantamiento en el bolsillo de mi sobretodo y, a sus influencias, triplicar la visión de las cosas, soltar barbaridades que provoquen la atención de mis amigos y me muevan en seguida el ánimo al arrepentimiento; ganarme la contracción de muchos seños y obtener comentarios con los cuales reirme en mis ratos de aburrimiento.

Los libros nos esperan afanosamente; descuéntanse con prisa los días y los exámenes se nos vienen encima con «poses» de desafío. ¡A estudiar se dijo! ¡A reemplazar con nuestra aplicación de un mes el descuido de treinta y dos semanas! ¡A defendernos dignamente de nuestros examinadores que, de lejos, nos amenazan con la impiedad de sus «rajadas». Tiempo habrá ya para el descanso que a noventa días, llenos de mimos y de expansiones, nos invita el hogar.

ALFREDO DELGADO PLAZA